

Cuentos del paraíso de las islas

06-2

EL ASCENSO DEL SELLA
Hacia un programa ideal para un rector

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: El paraíso de las islas
Fecha de Publicación: 09-01-2023
Número de páginas: 7
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.eu
info@cedcs.eu

Cuentos del paraíso de las islas

06

06.2.- El ascenso del Sella

2.3. El río Sella y la gran fiesta del carnaval de verano.

INDICE:

1.- HACIA UN PROGRAMA IDEAL PARA UN RECTOR.

- 1.1. El rector Juan Bravo interpreta encuestas docentes con el método paranoico-crítico.
- 1.2. El encuentro de Juan Bravo con el emperador Marco Aurelio.
- 1.3. Juan bravo y sus asesores; Antón Dolores, el último teólogo.
- 1.4. "Y usted qué opina del aborto de las gallinas".
- 1.5. Juan bravo y sus asesores; Borondón el Babilónico o el Antiguo.
- 1.6. La muerte del cantante punki Picoletto.
- 1.7. Despedida del rector J.B.; un concierto de rock.

2.- EL ASCENSO DEL SELLA

- 2.1. El río Sella y la gran fiesta del carnaval de verano.
- 2.2. Hacia el mar por el mirador del Fitu, tras el juego de los abalorios.
- 2.3. La fuente del infierno en el puerto del Pontón.

Fin

06.2.- El ascenso del Sella

2.3. La fuente del infierno en el puerto del Pontón.

Todo fue rapidísimo. Un chavalín apareció de repente, le saltó al cuello a uno del grupo y le dijo algo al oído, éste habló con la Cova y la Cova se le echó al cuello a J.B. con un ataque de histeria y llanto.

- ¡Hay que salir para Cangas de Onís! ¡Tinín se pegó una hostia en el Pontón! Con el coche, sí, con el coche...

La Cova no paró de llorar durante todo el trayecto de carretera siguiendo el curso del río arriba. No habían conseguido localizar al Cortado y a la Cari, perdidos entre la muchedumbre. Nada sabían salvo que había sido un accidente terrible. Fue un viaje angustioso y pasaban de las tres cuando entraron en el cuartelillo de los de tráfico de Cangas. Allí estaba también Primo César. Cova, entre sollozos aún, los presentó.

- Primo César..., Perico Rincón..., el rector J.B...

La policía de tráfico les dijo que hasta el amanecer no se podía hacer nada.

- Vamos a ir en el todoterreno, mejor – comentó Primo César; y, dirigiéndose a la Cova, musitó unas palabras crípticas – Ye en el comienzu de los Bellos, oh. Iría mamau.

También el Primo César tenía los ojos enrojecidos. La Cova le confió a Juan Bravo, durante el trayecto – los colmillos de elefante y los cuernos de rinoceronte de su faldita y chaleco medio desdibujados por la sombra –, que esperaba un niño del Fondón, de cuatro meses "andaba preñada" – así dijo –, y él lo sabía y lo quería. Es más, se había mostrado feliz con la idea y hasta había vuelto a trabajar en la gran escultura de madera de castaño que había iniciado casi de niño pero que siempre terminaba arrumbando por otros proyectos más urgentes y de salida más rápida. El rector se interesó por aquella pieza y la Cova quedó en mostrársela a la vuelta a casa. J.B. recordó al Pikoletto y durante un tiempo su mente vagó de mal presagio en mal presagio. La fuente del infierno, en el calvero de un bosque de robles algo degradado – el muérdago y el roble –, uno de los nacimientos, el principal para algunos, del río del sello, el Sella de la dionisiaca ebriedad. Siempre tan clásicos, los ribereños.

Amanecía cuando llegaron, entre recientes desplomes de piedras a causa de la tormenta y las cortadas de roca entre las que se deslizaba aún saltarín el río, al lugar del accidente. Una gran roca de miles de toneladas parecía haber obstruido el cauce – estrecho por allí – del río, y en su engarce con la cinta dañada de asfalto de la carretera, al lado de un arbolón con las raíces al aire y calcinado, el armazón negro del auto de Tino Pendás en el centro de un círculo de ceniza negra.

Cova, muy seria, parecía haberse quedado sin respiración y el rector J.B. le cubrió los hombros con una de las mantas de viaje que llevaban. Al estrecharla notó que temblaba. Perico y Primo César ayudaron a la operación que la policía había iniciado al alba con la

llegada de una grúa. Todo lo no metálico se había consumido en el incendio – pensaron en un rayo – y en una caja de cartón, que Cova abrazó como si fuera el cofre de sus tesoros más queridos, metieron la media docena de restos óseos semi-carbonizados que hallaron.

Este amanuense está harto de tener que contar estas menudencias carentes de gracia sólo porque haya que intentar conservar todos los detalles que todos conservaron en la memoria del asunto. Debería pedir el relevo y pasarle las fichas a otro. En fin, paciencia; ya queda poco. Además, con eclipse de luna llena de abril, primera de la primavera, y cometas errantes que entran y salen vagamente amenazadores, a uno le puede parecer excesivo tener que abordar, precisamente, la muerte de Tino Pendás a toda velocidad, Pontón abajo, a la salida del desfiladero de los Bellos, el día de la gran tormenta y derrumbe de la Piedrona, de regreso de una "escapadina", como él solía decir, a la Fuente del Infierno. ¡Tiene güebos la cosa! ¡Ni que fuera literatura fantástica! Estos asturianos están locos. Llocos de atar, como dicen ellos.

Nada más llegar al valle de las Arriondas, Cova Fondón se dio una ducha y se vistió toda de negro. Las mayas hasta la cintura y una camiseta sin mangas también muy ajustada, estaba bellísima en su nueva seriedad dura de gafas negras como la noche terrible que acababan de pasar. Juan Bravo insistió y Cova le mostró el estudio de Tino Pendás, en el centro del antiguo llagar de sidra de la casa la especie de poste totémico indio que era el tronco de castaño tallado a azuela de madreñero y a gumía. Perico Rincón se había ido con otra gente a Ribadesella a buscar a Cortado Bakalaero y a la Cari Fondón, exhaustos pero estimulados aún a tope, como decían. Tristes, también.

El rector contempló en silencio la escultura. De la base a la cúspide, aún sin terminar al parecer pues había en lo alto una especie de muñón saliente de madera sin desbatar, los cortes de la azuela aún a la vista. Recordó una familia de figuras de ébano de las esculpidas en el corazón de Africa. Cova le señaló la base.

- Los nueve hermanos y hermanas que sumaban la casa de los Pendás, con el abuelo indiano, ese del bastón y el sombrero panamá, al frente. Y la abuela Faustina...

De cada una de las figuras/retrato – algunas con modelado final acabadísimo, un puntito hiperrealistas – salían varios racimos de figuras, tronco arriba una treintena en total, y de algunas de esas figuras salían nuevas ramificaciones de una o dos nuevas figuras, ya meras cabecitas de bebé o – una parecía una barby – de muñeco industrial. El muñoncito sin desbatar que coronaba el conjunto salía del hombro de la figura que, en realidad, sobresalía por encima de las otras en el conjunto, un rostro que gritaba, la boca muy abierta, los ojos entrecerrados y de mirada estrábica y oblicua.

- Está inconcluso, pero Tino se quería retratado en ese rostro; lo talló el verano pasado. A lo que sale de su hombro, esperaba que yo le diese un rostro – y Cova acarició su vientre y se echó a llorar de nuevo en el hombro del rector J.B.

Este amanuense desea abreviar. Por lo dicho. Está harto y – lo que sigue lo oyó narrar a Borondón el Babilónico en persona – soy un anciano que desea descansar. Así de claro. Además, anda la chavalería por ahí pidiéndome relatos orales de mis andanzas, sobre los que ellos luego trabajarán para sus relatos escolares, y cada vez tengo menos humor para relatos ajenos. Estoy – o me están descubriendo – estoy descubriendo que mi vida pasada tiene interés para ellos, un sentido, o interés a secas, en general, para la gente. Y eso me halaga y me hace ser vanidoso, me egocentrista, de alguna manera. Uno ya es viejo. Y se me quitan las ganas de seguir con lo del rector Juan Bravo en el inicio del lanzamiento de la O.U. y la G.C.C.S. No digamos ya con lo del pobre Tino Fondón, a quien ni conocí.

El caso es que – y esto es un bucle narrativo, como veréis – Cova Fondón, nada más despedir al rector J.B. en el aeropuerto de Ranón, se hizo conducir a la fuente del infierno, en lo alto del Pontón, con intención de investigar un poco por sus alrededores. Estaba convencida de que por allí encontraría algo – algo, no sabía qué -, un zulo con farmacopea especial, un algo escondido o no, un signo. Sospechaba, sin más: le urgía visitar el lugar. Tino le había hablado en ocasiones de la cueva santa de Covadonga como lugar real de nacimiento del río del sello, del Sella. Aquel sexo gigantesco de la tierra madre debió fascinar a sus antepasados prehistóricos y menos prehistóricos, y debieron adorar la santa gruta que pariera desde la eternidad y en eterno presente – y seguiría pariéndole por toda la eternidad en su benevolencia que debían propiciar – a su hijo líquido y vivificador que, una jornada larga más adelante, se perdía en el mar. Todo su mundo vital, medible con un simple de sol a sol. Su río. La gran madre fuente, con su forma perfecta de Cuevona. La gran paridora. Hasta de Estados.

A Cova le entraba la risa cada vez que el Tino se ponía así, pero sabía que eran importantes para él aquellas elucubraciones. Y creativas. Tras una explosión especulativa aventurada, volvía a la talla de la madera como un loco, no hacía más que pedirle sexo a la chica, y planeaba una nueva exposición. Fascinante.

Por esa misma obsesión creativa de su amigo muerto, Cova sabía que debía verla plasmada en algún lugar relacionado con la última obsesión dominante, la escapada al Pontón, a la fuente del diablo o del infierno, o como pudiera llamarse aquel paraje. Cuando pasaron por donde la Piedrona había obturado el río y Tino Pendás ardidado como una tea dentro de su automóvil, Cova no pudo contener las lágrimas. Pero se rehizo. "Nunca más", pensó. Y es posible que fuera así.

Dejaron el todoterreno – Primo César quiso acompañarla en su investigación – y se adentraron hasta el calvero de la fuente del infierno. El sol aún estaba alto, ni rastro de la tormenta de dos días atrás, mas el lugar estaba en la umbría norte y era en verdad sombrío. Recorrieron los alrededores del calvero, por senderos entre rocas y monte bajo variado, pero parecía imposible encontrar algún lugar que pudiera guardar algún secreto de Tino Pendás. En el montículo rocoso de donde manaba la fuente tampoco había signo alguno de nada. Fue Primo César quien descubrió, al acercarse a beber, el caño.

- Cova, ven.

El chorro de agua de la fuente del infierno – origen mítico del río del sello, del Sella – manaba hacia el exterior a través de un discreto pero descomunal – se perdía en una amplia base de musgo y roca – falo oscuro de madera a medio pulimentar. Y a Cova, esa vez, le entró la risa. ([Fin de bucle](#)).

El rector Juan Bravo ordenó la instalación de teselas y deshechos de vidrio de Murano en la habitación más luminosa de la casa de su infancia. Los dos tondos principales, el de la transición reglado por el aro de vidrio Gaudí, y el del corazón de tesela veneciana, rojo sangre brillante; los ocho platillos en torno a los vidrios de Murano, giraron en torno a un marco de madera clásico de cuadro en cuyo centro ordenó las más brillantes basuras de vidrio de color. En honor al desaparecido Tinín. Recordó al Pikoletto. Las teselas restantes del juego – del juego de los abalorios –, las extendió, un poco al azar, en montoncitos informes por el suelo de la habitación, como un mar de teselas. O un descampado de desperdicios, de basuras, pero basuras bellísimas, cada dadito de mármol blanco o mármol negro para mosaico romano, una verdadera escultura única diminuta en su preciso y azaroso corte, cada tesela vidriada un mundo de reflejos. Y cerró la habitación tras de sí. No podía calcular el tiempo que podía transcurrir antes de que volviese a abrir aquella puerta de aquella habitación.

Quedaron en que Perico y Cortado volvieran en la bella Turbo roji-negra a la gran ciudad del interior. Cari dijo que se iba con ellos. Unos días. De excursión. Viaje rockero. Lo del Pendás la deprimía. J.B. se sentía muy fatigado y prefirió volver en avión. Cova se empeñó en llevarle al aeropuerto de Ranón. Con el Primo César al volante.

- Envíame una fotografía del niño Pendás a Nueva York – le rogó al oído a una bellísima Cova Fondón enlutada y con gafas negras, desde la escalerilla del avión.

FINAL.

Juan Bravo cerró tras sí la puerta de la casa complutense de los tres balcones orientados al sur. En el fax desbordaba un documento recibido del centro de información de la delegación estudiantil – la casa del Tutifruti, el gran informático – sobre diez puntos sobre "Ecoislas", con un desarrollo del punto diez que el Tutifruti subrayaba y que fue la única parte del documento que se llevó consigo el rector para leer durante el trayecto de viaje hasta el aeropuerto de Barajas. "El matrimonio festivo y el contacto entre viajeros y población receptora". El título le había hecho sonreír, por primera vez en los últimos días, y eso le reconfortó. "Sigue marchando el equipo", pensó. Y le salió así, "equipo" y no "grupo". Sonrió de nuevo.

Nada más instalarse en el avión que le conduciría a Nueva York – el Consejo Mundial de Rectores debía demarrar, vaya palabreja, mejor arrancar – se quedó profundamente dormido. Y soñó con Tino Pendás y con Cova, bellísima y "preñada", como ella decía, con sus mayas negras y su cuerpazo de maniquí de moda. Luego se le coló la imagen de un

perro dormido pintado por Hockney con tonos dominantes de vinos añejos y un mensaje de uno de sus asesores más queridos: "No te puedes ni imaginar cuánto silencio me rodea".

FIN

E. Sola, coordinador, Viernes Santo 5 de abril, 1996

